

Apóstol entre tus amigos

Betania, situada a tres kilómetros de Jerusalén, era para Jesús un oasis en medio de las penosas jornadas de apostolado por los caminos polvorientos de Palestina. ¡Dulce Betania! donde gozaba el Señor de la amistad sincera de Lázaro y sus hermanas.

En la dulce sonrisa de Lázaro y en los ojos de Marta y María, brilla un amor y alegría sobrenatural que no necesita palabras para desbordarse.

En la intimidad de la cena, bajo las luces de la lámpara, el Maestro olvidará sus pesares, las ingratitudes del pueblo, para solazarse en la ternura de aquellos que le aman entrañablemente.

¡Dulce paz la de Betania!

Allí, Jesús, en el transcurso de la cena, continuará hablándoles como todos los días de su doctrina y les descubrirá nuevos secretos de su reino.

¿Recordáis la escena de Emaus? Jesús se hace contradizo con los nuevos discípulos y el nuevo amigo va interpretándoles, camino de la granja, los vaticinios de los profetas. El Peregrino los ha convencido y los ha cambiado. La frase se repite con insistencia: «Quédate ya con nosotros que anochece» Jesús accede... Entran en la casa. La conversación continua, adoctrinadora y ferviente, hasta culminar en la fracción del pan, donde reconocen al Divino Maestro.

Jesús ejerce el apostolado por la amistad.

A orillas del Tiberiades. Jesús prepara con ternura paternal el desayuno de sus discípulos. Al-

rededor de Cristo, los apóstoles oyen sus consejos y las lecciones que les harán verdaderos «pescadores de hombres».

¡Militante de Acción Católica! En las dulces horas de amistad, ejerce tu apostolado como Jesucristo hizo con sus discípulos y seguidores.

En los instantes de alegría, en las horas grises de infortunios, aprovecha la unión de los corazones para ejercer la caridad verdadera y el apostolado del consejo. Y harás un bien inmenso porque el apostolado de tu conversación no suscitará celos ni suspicacias porque va al amigo, porque va de igual a igual. Y lo que el superior no puede decir al inferior, o al revés, se lo podrás decir tu que eres... «el amigo».

Las reprensiones y advertencias las tolerará y escuchará únicamente de ti porque eres «el amigo».

Y le podrás decir libremente sin que se moleste:

Que no lea libros perversos...

Que no profane su lengua con palabras y conversaciones inmorales e indecentes...

Que no falte a la caridad para con los demás...

Que actúe en la A. C.

Que practique los Sacramentos...

Cuanto bien podemos hacer en el corazón del amigo.

Aprovechemos la amistad, como una ocasión que nos brinda la Providencia. Y no lo olvidemos nunca: El apostolado por la amistad.

J. FONT CENTELLAS